

El Poeta de Alicante

Después de algunos años de ausencia, Alicante abre sus brazos de libertad para mí. Y entre los míos de joven he estrechado a nuestro viejo glorioso: Salvador Sellés.

Y yo he visto en la figura de ese anciano ilustre, la encarnación más noble de lo que hay de bueno en Alicante.

Era yo muy pequeño y ya los versos de Sellés abrían senderos de luz en mi conciencia infantil. En el doloroso esfuerzo de aprender, cuando las lecturas y la vida, marcan la senda de nuestro futuro, el nombre de Salvador Sellés, que mis padres pronunciaban con respeto, tenía para mí el prestigio de un nombre inmortal.

Me lanzaron las luchas de Ideal al mundo activo del periodismo y Salvador Sellés, toda bondad, me brindó su mano de protección, como a un buen camarada de lucha.

Y un día me dijo:

—He leído su artículo de hoy. Ese estilo me lo ha «quitado» usted a mí.

Entonces me sentí armado caballero de las Letras.

Si Alicante fuese un pueblo con elevación espiritual, Salvador Sellés viviría en las conciencias de todos los alicantinos. Sus versos se recitarían con emoción religiosa derramando el festejo áureo de sus estrofas sobre nuestras cabezas. Sus obras estarían coleccionadas, como un homenaje de gratitud a quien lo dió todo para Alicante y nada recibió de la ciudad. Y habría alguna obra cultural que llevase, para perpetuarlo, su nombre.

Pero Alicante no merece a Salvador Sellés, ni comprende sus versos, ni ha visto su corazón tan lleno de generosidad y de bien. Solamente unos jóvenes entusiastas y agradecidos han comprendido su labor y siguen al Maestro. Y algunos obreros que piden sus versos en las fiestas rojas del Trabajo. Los demás no ven bien a don Salvador.

—¿Está tan alto!

—¡Está tan alto!

Salvador Sellés hizo el poema de «Alicante». Nada se ha escrito sobre nuestra ciudad tan bello y tan sentido. Es el poema de la ciudad, es su espíritu y su

cuerpo en versos hmpios, fáciles y grandiosos. En el destierro lo leí, con emoción hondísima. Lejos de Alicante, evocaba nuestra historia y nuestra realidad, mientras las páginas del libro temblaban entre mis manos, un episodio sencillo y tierno puso lágrmas en mis ojos. Sobre las baldosas de la Colegiata, en una época lejana, una madre rezaba ante su Dios: ¡Protege a mi hijo! ¡Líbralo de la maldad del mundo!

Aquel niño, cuya protección se pedía al Dios de la Colegiata, era Salvador Sellés.

Yo he salvado mi espíritu de ese Dios y mi cuerpo de esa Iglesia. Pero ante esa página emocionante ¿cómo no ver en aquella madre, nuestra propia madre, poniendo en sus rezos el más dulce cariño humano?

Esos versos admirables de Salvador Sellés los desconocen los niños alicantinos. Si los leyesen ardería más vivo en ellos el amor a la madre.

Salvador Sellés ha hecho mucho por Alicante; desde su turbulenta juventud revolucionaria, cuando niño aún, alzó su voz vibrante en el club, en presencia de Maisonnave. En cambio ¿qué ha hecho Alicante por Salvador Sellés? Ni editar sus libros, ni siquiera comprarlos. Esto es una injusticia que Alicante debe reparar. Salvador Sellés escribe sin descanso. En el rincón de un café, en estas suaves mañanas levantinas, escribe sus estrofas ese viejecito admirable, que parece haber heredado la pluma de Víctor Hugo. Guarda la luz sus versos como el tesoro que legara a la ciudad, mientras la actividad del momento hace desfilas por delante del balcón de «su» café una multitud que ignora la Obra de Sellés. Cualquiera otra ciudad hace de una modesta gloria provinciana un faro de veneración. Nosotros que tenemos a nuestro lado un Hombre universal, lo olvidamos con una dolorosa despreocupación provinciana. Si en Alicante, el pueblo no llega a Salvador Sellés—¡él ha llegado siempre hasta el pueblo!—¿no hay un grupo de hombres selectos que tome con cariño la Obra de Sellés?

Sus libros deben estar coleccionados. La representación ofi-

cial de la ciudad, el Ayuntamiento, debía realizar ese justo homenaje, más útil para Alicante que para Sellés. El vive en sus versos. Obra de desagradecidos o de ignorantes será reservar su nombre para una calle modesta cuando pasen muchos años. Su nombre glorioso y sus versos inmortales, deben inundar ahora de luz a este pueblo, al que tan poco costaría ser justo y generoso.

Carlos ESPLA.

A.P.C.E.
SIG.: 1.2a/364